



## BOLETÍN ECLESIASTICO

DEL

# Obispado de Astorga.

---

Su Excia. Ilma. regresó felizmente de su viaje á Tierra Santa más no pudiendo efecto del recrudecimiento de sus dolencias dar por sí mismo las gracias á los Rvdos. Sres. Arciprestes, Párrocos, Coadjutores, Capellanes, Religiosos, Religiosas y demás fieles de su muy amada Diócesis, por las fervorosas oraciones, que han elevado al Cielo durante su larga peregrinación, y por la solitud con que se han apresurado á darle la bienvenida, interesándose por su salud, nos encarga que lo hagamos en su nombre, suplicando á todos, que reciban esta acción de gracias del Excmo. Prelado como si en particular lo hiciera á cada uno de sus amados sacerdotes y fieles.



# CARTA ENCÍCLICA

DE

## NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR LEÓN

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

### PAPA XIII

*A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Prelados ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica.*

### **De la Sagrada Eucaristía.**

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.*

Nos hemos esforzado hasta el presente en razón del carácter sagrado de nuestro ministerio, y hasta el último aliento de Nuestra vida Nos esforzaremos, mediante el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo, en considerar y seguir los ejemplos de admirable solicitud por la salvación de los hombres que por modo tan sublime dió el mismo divino Redentor. Viviendo en una época que se muestra tan violentamente hostil á la verdad y á la justicia, jamás hemos cesado, cuanto ha estado de nuestra parte, como de ello es nuevo testimonio Nuestra reciente Carta Encíclica, de dar la mundo las enseñanzas y avisos adecuados, y de adoptar las determinaciones que Nos parecen más eficaces, así para evitar la difusión de múltiples errores como para reanimar el vigor de la vida cristiana. De estas resoluciones hay dos de muy reciente fecha que íntimamente se corresponden, y cuyo recuerdo Nos sirve de oportuno consuelo en medio de tantas causas de tristeza como Nos agobian. La primera es que Nos pareció sobremanera saludable consagrar con especial solemnidad todo el género humano al Sagrado Corazón de Cristo, Redentor nuestro; y la segunda, haber exhortado vivamente á todos los hombres que profesan la fé cristiana á unirse con Aquél que divinamente es para los individuos y las sociedades, *el Camino, la Verdad y la Vida.*

Nuestra misma caridad apostólica, velando por los destinos de la Iglesia, nos dice y en cierto modo Nos impulsa ahora á poner remate á Nuestros propósitos recomendando con nuevas instancias al pueblo cristiano la devoción á la Sagrada Eucaristía,

porque es don divino, salido de lo íntimo del Corazón del mismo Redentor, que *deseó con vivo deseo* esta unión especialísima con los hombres, y que, además, es muy propia para asegurar con abundancia los frutos saludables de la Redención.

En virtud de nuestra autoridad é inspirados por este mismo celo, ya hemos adoptado antes de ahora diversas resoluciones en este orden de ideas. Entre otras, Nos es grato recordar que hemos robustecido con Nuestra aprobación y enriquecido con insignes privilegios á numerosas instituciones y asociaciones dedicadas á la adoración perpétua del Santísimo Sacramento; que hemos procurado que los Congresos Eucarísticos se reúnan con la conveniente solemnidad y produzcan los debidos frutos; y que estas obras y todas las análogas hemos puesto bajo el celestial patrocinio de San Pascual Bailón, que fué devotísimo del augusto misterio de la Sagrada Eucaristía.

Así es que Nos place, Venerables Hermanos, hablaros de algunas cosas relativas á este misterio, en cuya defensa y gloria se empleó siempre la solicitud de la Iglesia, de que dan testimonio esclarecido muchos mártires, como también el celo de hombres doctísimos y elocuentísimos y el magisterio de las artes nobles, y Nos proponemos hacer más evidente y poner más de relieve la virtud de la Sagrada Eucaristía, especialmente en lo que toca á su grandísima eficacia para remedio de las actuales necesidades. Y porque hallándose á punto de terminar su vida mortal, Nuestro Señor Jesucristo dejó este monumento de su inmenso amor hacia los hombres y este poderoso auxilio para *la vida del mundo* (1), nada podemos desear más grato, Nos que estamos cerca del término de la vida, que poder reanimar y fortificar en todas las almas los efectos de gratitud y devoción á este admirable Sacramento; en el cual creemos que tienen su principal fundamento la esperanza y la seguridad de la salvación y la paz, que ardientemente solicita el deseo de todos.

Ciertamente, no faltarán hombres que se maravillen al vernos juzgar que principalmente por estos remedios y esta fuerza se ha de procurar alivio á un siglo tan profundamente revuelto y agobiado por tan graves males: acaso estos hombres recibirán nuestras palabras con desdeñoso fastidio. Mas esto ha de atribuirse en primer término al orgullo, porque cuando este vicio penetra en las almas, inevitablemente languidece en ellas la fe cristiana, que exige una religiosa sumisión del espíritu, y necesariamente las envuelven horribles tinieblas que les impiden conocer las ver-

1 San Juan, VI, 52.

dades divinas. Á muchos de estos desgraciados es aplicable esta palabra: *Blasfeman de todo lo que no conocen* (1). Lejos de renunciar por eso á Nuestro designio, estamos resueltos á insistir con más vivo ardor en iluminar á los que están animados de buenas intenciones y en implorar con religiosa y fraternal oración que Dios perdone á los que hacen burla de las cosas sagradas.

Conocer con fé perfecta la virtud de la Sagrada Eucaristía tal como es, vale lo mismo que conocer cuál es la obra que en beneficio del género humano, Dios, hecho hombre, llevó á perfección por su poderosa misericordia. En efecto; así como á la verdadera fé corresponde confesar y honrar á Cristo, Señor nuestro, como soberano autor de nuestra salud, que por su sabiduría, sus leyes, sus enseñanzas, sus ejemplos y por la efusión de su Sangre renovó todas las cosas, así también debe reconocerle y adorarle presente en la Sagrada Eucaristía, donde quiso quedarse para permanecer verdaderamente entre los hombres hasta la consumación de los siglos, y como maestro y buen pastor é intercesor, gratísimo al Padre, saca de sí mismo y reparte en perenne abundancia los beneficios de la redención que consumó.

Así, pues, entre estos beneficios que dimanán de la Sagrada Eucaristía, quien religiosa y atentamente considere, verá resplandecer en primer término el que contiene á todos los otros; porque, en efecto, la Eucaristía comunica á los hombres aquella vida que es vida verdadera: *El pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo* (2). Como hemos dicho en otra ocasión, Cristo es vida de varias maneras. Él mismo dió por razón de haberse hecho hombre su voluntad de comunicarnos una segura abundancia de vida más que humana: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia* (3). En efecto; después que Dios nuestro Salvador manifestó su benignidad y amor para con los hombres (4), sabido es que surgió una fuerza creadora que renovó todo orden de cosas y se infiltró en las venas de la sociedad doméstica y la civil.

Nuevos lazos unieron á unos hombres con otros: establecieronse nuevas leyes y nuevas obligaciones públicas y privadas; se abrieron nuevos horizontes á las instituciones, á las artes y las ciencias, y lo que vale más, la voluntad y el corazón de los hombres se inclinaron á la verdad de la religión y la pureza

1 San Judas, 10.

2 San Juan, VI, 52.

3 San Juan X, 10.

4 A Tito, III, 4.

de costumbres. Y esto no fué todo, sino que como dan á entender estas expresiones que se repiten frecuentemente en las Sagradas letras: *Leño de vida palabra de vida, libro de vida, carne de vida*, y, especialmente, *pan de vida*.

Mas puesto que la vida de que hablamos tiene gran semejanza con la vida natural; y como ésta se conserva y reanima por medio del alimento adecuado. Aquí es oportuno recordar en qué tiempo y circunstancias Jesucristo convidó y llevó las almas de los hombres á recibir conveniente y santamente el pan vivo que habia de darles. Cuando se extendió la noticia del milagro que habia obrado Nuestro Señor á orillas del lago de Tiberiades, multiplicando los panes para dar de comer á la multitud, no fué pequeña la que acudió á Él, esperando obtener igual beneficio. Jesucristo quiso aprovechar aquella ocasión, y así como á propósito del agua que iba á sacar del pozo inspiró á la Samaritana la sed del *agua que manará hasta la vida eterna* (1), de la misma manera levantó las almas de la hambrienta multitud hasta hacerles desear más vivamente el otro pan *que dura hasta la vida eterna* (2).

Jesús insistió, diciendoles que el pan de que hablaba no era el maná celestial que habia alimentado á sus padres en el desierto, ni siquiera el que hacía poco habian recibido de Él con admiración, sino que Él mismo era aquel pan: *Yo soy el pan de vida* (3). Él inculcó largamente á todos la verdad, ya con llamamientos; ya con preceptos: *Quien comiere este pan vivirá eternamente: y el pan que yo os daré es mi misma carne para la vida del mundo* (4) y Él mismo les ponderó en estos términos la gravedad del precepto: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros* (5).

Apartemos lejos de nosotros el error, harto difundido y sobre toda ponderación funesto, de los que piensan que la Sagrada Comunion debe dejarse casi exclusivamente á las almas que, libres de cuidados y teniendo un corazón recto, determinan hallar la paz en la vida religiosa. La Sagrada Eucaristía, excelente y saludable como ningún otro bien, se ofrece á todos los fieles, cualquiera que sea su condición y su rango social, que

1 San Juan IV, 14.

2 San Juan, VI, 27.

3 San Juan, VI, 48.

4 Ibid., 52.

5 San Juan, VI, 54.

quieran (y no hay ninguno que no deba querer) alimentar en sí mismas la vida de la gracia divina, cuyo objeto es llegar al gozo de la vida celestial con Dios. Plegue al cielo que piensen convenientemente en la vida eterna y se preparen á alcanzarla aquellos cuya inteligencia, actividad y autoridad tienen eficacia para promover los acontecimientos y dirigir á los hombres; mas observamos y deploramos que la mayor parte de ellos estiman con orgullo que de alguna manera han infundido al siglo nueva y próspera vida, porque con el impulso que le han comunicado le obligan á caminar á grandes pasos hacia la conquista de toda suerte de progresos y maravillosas invenciones. Pues bien: adonde quiera que se vuelve la vista se hallará que la sociedad humana, que vive apartada de Dios, lejos de gozar de la tranquilidad apetecible, vive entre angustias y sobresaltos, como enfermo á quien abrasa la calentura, y que anhelando conseguir la prosperidad, ésta se le escapa constantemente de las manos. En efecto: los hombres y los Estados, como necesariamente son de Dios, mediante Jesucristo, por quien los tesoros mas preciosos se han derramado y se derraman sobre el mundo. La principal fuente y el origen de todos estos bienes es la Sagrada Eucaristía, porque alimenta y fortifica la vida espiritual, cuya ausencia es tan penosa, y acrece maravillosamente la humana dignidad, á que ahora vemos poner tanto precio. ¿Hay algo, por acaso, más excelente y apetecible que ser cuanto es posible participante de la naturaleza divina y cuanto sea posible quedar asociado á ella? Pues esto principalmente ejecuta por nosotros en la Eucaristía Cristo, Señor nuestro, mediante la cual se abraza y une estrechamente al hombre, encumbrado por la acción de la gracia á la posesión de los tesoros divinos. Pero existe esta diferencia entre el alimento corporal y el espiritual, que mientras aquel se transforma en nosotros, éste nos transforma en sí mismo, á propósito de lo cual San Agustín nos muestra á Cristo hablando de esta manera: «Tú no me cambias en ti, como al alimento de la carne, sino que serás cambiado en mí» (1).

Este sublime Sacramento, el cual suministra á los hombres, en primer término, el medio de participar de la naturaleza divina, es también origen de los mayores progresos en toda clase de virtudes sobrenaturales, y particularmente en la fe. Ésta ha tenido adversarios en todo tiempo, porque, si eleva á los nombres por el conocimiento de las más sublimes verdades,

1 *Confesiones*, lib. VII, c. X.

sin embargo, como deja oculto lo que son esas verdades, que la misma fe nos declara superiores á nuestra naturaleza, parece que en esto mismo la deprime. Sucedió antiguamente que ora se impugnaba un artículo de la fe, ora otro; mas con el transcurso del tiempo la guerra ha extendido sus extragos, y ocurre ahora que se niega todo el orden sobrenatural. Pues para devolver á las almas la energía y el fervor de la fe, nada hay tan eficaz como el misterio eucarístico, llamado con toda propiedad *misterio de fe*, porque su variedad copiosa de milagros contiene toda las cosas que están por encima de nuestra naturaleza. *Memoria dejó de sus maravillas; misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento á los que le temen* (1). Cuando Dios ha hecho de sobrenatural lo ha referido siempre á la Encarnación del Verbo, por beneficio de la cual había de restaurarse la salud del género humano, como dice la sentencia del Apóstol: *Se propuso restaurar en Cristo todas las cosas de los cielos y las de la tierra* (2). Según el sentir de los Santos Padres, la Eucaristía debe considerarse como una extensión y continuación de la Encarnación, ya que mediante ella, la substancia del Verbo hecho carne se une á cada uno de los hombres y el sacrificio del calvario se renueva por modo admirable, conforme aquel anuncio del profeta Malaquías (3): *En todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura*.

Este milagro, que es el mayor en su género, va acompañado de otros innumerables, porque en él quedan suspendidas todas las leyes de la naturaleza; la sustancia entera del pan y del vino se convierte en el Cuerpo y la sangre de Cristo, aunque permanecen por virtud divina los accidentes del pan y del vino sin cosa que los sustente; y el Cuerpo de Cristo está al mismo tiempo en cuantos lugares se tiene el Sacramento. Por otra parte, y á fin de hacer mayor la sumisión del entendimiento humano á tan gran misterio, el milagro viene como en auxilio de la razón y para mayor gloria de la S grada Eucaristía. La Historia registra estos prodigios, ó viven en nuestro recuerdo, y en más de una localidad se conservan notables monumentos que los conmemoran. Así, pues, este Sacramento augustísimo mantiene la fe, alimenta las almas,

1 Salmo cx, 4 y 5.

2 Efes., 1, 9 y 10.

3 1, 11.

destruye las invenciones de los racionalistas y, sobre todo, ilustra el orden sobrenatural.

La disminución de la fe en las verdades divinas tiene por origen, no sólo el orgullo, de que hemos hablado antes, sino la depravación del espíritu. Si la experiencia enseña que cuanto mejores son las costumbres de un hombre, más despierto está su entendimiento, sucede por el contrario que la voluptuosidad trae por consecuencia el embotamiento del juicio. En las cosas divinas es donde más se observa cuánto se oscurece con las pasiones la luz de la fe y cómo consiguen apagarla enteramente por justo castigo de Dios. Pues el deseo insaciable de estas pasiones arde ahora en casi todos los hombres, y como postífera enfermedad, á todos ataca desde los albores de la juventud. Mas la divina Eucaristía suministra un excelente remedio contra este horrendo mal, puesto que su primer efecto es refrenar la pasión y aumentar la caridad. Dice San Agustín: «Alimentar ésta (la caridad) es debilitar la pasión, y perfeccionar aquélla es acabar con ésta» (1) Además, la carne purísima de Cristo Jesús contiene la insolencia de la nuestra, como enseña Cirilo de Alejandría, diciendo: «Cuando Cristo vive en nosotros, sujeta los movimientos de nuestra carne» (2) Pero hay más, porque el fruto especial y dulcísimo de la Sagrada Eucaristía es el que anunciaba esta sentencia profética: *¿Cuál será el bien de Él (Cristo), y lo hermoso de Él, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?* (3). Estas palabras significan el vivo y constante amor de la virginidad que aun en estos tiempos de hartura de placeres, florece diariamente en la Iglesia católica, cada vez con mayor abundancia, y sabido es cuánto contribuye este amor al progreso y esplendor, así de la Religión como de la sociedad humana.

Ha de añadirse que por este adorable Sacramento se confirma maravillosamente la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en el divino auxilio. El deseo de felicidad, que abrigan todas las almas y que es natural en todas, se aviva más y más con la índole engañosa de los bienes terrenales, con la injusta violencia de los hombres perversos, y con los demás dolores que padecen el cuerpo y el espíritu. Pues bien; el augustísimo Sacramento de la Eucaristía es motivo y prenda de di-

1 *De diversis quæst.* LXXVIII, quæst XXXVI.

2 Lib. IV, c. II, in Ioann, VI, 57.

3 Zacarías, IV, 17.

cha y gloria, no solamente para el alma, sino también para el cuerpo. Porque, al paso que enriquece á las almas con abundancia de bienes celestiales y les colma de suavísimas alegrías, que sobrepujan con mucho á cuanto imagina la esperanza, sea la que fuere, y sostiene á los cristianos en la adversidad, y les vigoriza en la lucha por la virtud, y les guarda para la vida eterna, y les concede á ella surtiéndose, si así puede decirse, de víveres para el camino; la Sagrada Hostia introduce en el cuerpo vacilante y débil del hombre el gérmen de la futura resurrección, y el cuerpo inmortal de Cristo pone en nosotros la semilla de la inmortalidad, que un día producirá sus frutos. Que tales sean los que deben resultar de la Sagrada Eucaristía es constante enseñanza de la Iglesia, siguiendo así la doctrina de Cristo cuando dijo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día* (1)

Conviene con el asunto que tratamos é importa grandemente considerar que la Eucaristía fué instituida por Cristo, Señor nuestro, como «memorial perenne de su Pasión» (2), y que descubre al cristiano la necesidad que tiene de enmendar su vida de un modo saludable. Jesús dijo á sus primeros sacerdotes: *Haced esto en memoria de mí* (3), es decir, haced esto para conmemorar mis dolores, mis amarguras, mis angustias, mi muerte en la Cruz. Por lo cual este sacramento y este sacrificio son para nosotros continua exhortación á hacer penitencia en todo tiempo y á soportar los mayores trabajos, y á la vez es grave y severa condenación de los placeres que los hombres imprudentes tanto exaltan y ponderan. *Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga* (4).

Además, si se investiga cuidadosamente la causa de los males del día, se verá que consiste en que se ha enfriado la caridad de unos hombres con otros, y la de todos con Dios, porque se han olvidado de que son hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, y no se ocupan en lo que personalmente les concierne, y no solamente descuidan el interés ajeno, sino que lo combaten y perjudican.

De aquí nacen disturbios frecuentes y luchas de unas clases con otras. La arrogancia, la dureza y el fraude, prevalecen entre los poderosos; la miseria, la envidia y la división, entre los pe-

1 San Juan, vi, 55

2 Thom. Aquin., Opusc. LVII, off. Sacram.

3 Lucas, xxii, 19.

4 I Corint. xi, 26.

queños. Y en vano es buscar remedio á estos males en el miedo al castigo y en los consejos de la prudencia humana, porque, como lo hemos dicho más de una vez y ámpliamente hemos expuesto, es necesario resolverse á procurar con todo esfuerzo que las diferentes clases sociales queden unidas en la mútua prestación de servicios, y en concordia que se funde en Dios y que produzca obras conformes con el espíritu fraternal y la caridad de Cristo. El cual trajo á la tierra y quiso encender en todos los corazones el fuego de aquella caridad que puede hacer feliz, no solamente al alma, pero también al cuerpo en la vida presente, porque en el hombre el amor excesivo de sí mismo y templa el deseo inmoderado de riquezas, *que es la raíz de todos los males* (1)

Es evidente que deben observarse todos los preceptos de la justicia en las relaciones entre las diversas clases sociales; pero principalmente con el auxilio de la caridad y sus dictados será posible obtener que en la sociedad humana *resulte la igualdad* saludable que aconsejaba San Pablo (2), pues solamente por la caridad podrá conservarse esta igualdad. Pues como Cristo Jesús, cuando instituyó este augusto Sacramento, quiso reanimar la caridad de los hombres para con Dios y, por este medio, avisar la mútua caridad entre los hombres, innegable es que la segunda nace de la primera por virtud de su misma índole, y por decirlo así, espontáneamente mana de ella. Imposible es que en nada se le halla defecto y aun en todo se manifestará vigorosa y ardiente si los hombres meditan en el amor de que les da testimonio Cristo en este Sacramento, donde así como manifestó magníficamente su poder y su sabiduría, también «deramó los tesoros de su divino amor hacia los hombres» (3). Debemos amarnos y socorrernos unos á otros, unidos por vínculo fraternal, cada vez mas apretado!

Añádase que los signos exteriores de este Sacramento son propios á excitarnos oportunamente á la mútua caridad. A este propósito escribió San Cipriano: «Finalmente, el mismo sacrificio del Señor declara que la humanidad cristiana se halla unida á Él con firme é inseparable caridad. Porque cuando el Señor llama á su cuerpo Pan, hecho mediante la unión de muchos granos, significa que nuestro pueblo, que Él rige, es un pueblo unido; y cuando llama á su sangre Vino, que es producto de muchos racimos y granos de uva, significa igual-

1 I. Timoteo, VI, 10.

2 II Corintios, VIII, 14

3 Conc. Trid., Sess. XIII, *De Euch.*, c. 11.

»mente que nuestra grey está formada por multitud de hom-  
»bres reunidos» (1). Del mismo modo habla el Doctor Angé-  
lico inspirándose en San Agustín: «Nuestro Señor nos dejó su  
»Cuerpo y su Sangre en aquellas cosas que más se forman de  
»varias, porque el pán está formado de multitud de granos y el  
»vino se compone de multitud de uvas, por lo cual exclama en  
»otra parte San Agustín: ¡Oh Sacramento de piedad, oh sig-  
»no de unidad, oh lazo de caridad!» (2).

Todas estas enseñanzas se hallan confirmadas por la doctrina del Santo Concilio de Trento, el cual declara que Cristo dejó á su Iglesia el Sacramento de la Eucaristía «como símbolo de la ca-  
»ridad con que quiso que los cristianos quedasen enlazados y  
»unidos entre sí... símbolo de aquel cuerpo, que es uno y de que  
»Él es cabeza, y al cual quiso que los miembros, que somos nos-  
»otros, estuviesen unidos por los vinculos apretadísimos de la Fe,  
la Esperanza y la Caridad» (3), que es lo que ya había enseñado San Pablo, diciendo: *Todos los que participamos del pan, aunque muchos, venimos á ser un solo pan, un solo cuerpo* (4). Ciertamente que es hermosísimo y dulcísimo ejemplo de fraternidad cristiana y de igualdad social la confusión con que se agrupan al pie del altar el patricio y el plebeyo, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante á fin de participar igualmente en el banquete celestial; y si en los anales de los comienzos de la Iglesia se la atribuye con justicia la gloria de que *toda la multitud de los fieles tenía una misma alma y un mismo corazón* (5), está claramente probado que este resultado preciosísimo se debía á que frecuentaban la Sagrada Mesa; y en efecto, leemos de los primeros cristianos que *perseveraban todos en las instrucciones de los Apóstoles y en la comunicación de la fracción del pan* (6).

Además, conviene saber que el beneficio de la mútua caridad entre los vivos, que saca del Sacramento eucarístico tanta fuerza y extensión, se derrama, principalmente por la virtud del sacrificio, sobre todos cuantos componen la comunión de los santos. Nadie ignora que la comunión de los santos es un cambio de auxilios, expiaciones, súplicas y beneficios entre fieles, bien hayan conquistado la patria celestial, bien padezcan el fuego del Purgatorio, bien continúen el viaje de la vida,

1 Epist. 69 ad Magnum, n.º 5.

2 Sum Theol., III p., q. LXXIX, a. I.

3 Sess. XIII, De Euch., c. II.

4 I Corint., X, 17.

5 Hechos, IV, 32.

6 Hechos, II, 42.

Todos se hallan unidos y componen una sola ciudad, que tiene á Cristo por la cabeza y á la Caridad por forma. Pues véase lo que nos enseña la Fe: «que aun cuando solamente á Dios se puede ofrecer el augusto sacrificio, sin embargo, puede celebrarse en honor de los Santos que reinan en el cielo con Dios, *que los ha coronado*; y esto á fin de conseguir su patrocinio, y también, según doctrina de los Apóstoles, para borrar las faltas de nuestros hermanos que, habiendo muerto en el Señor, no las han expiado enteramente.»

La sincera Caridad, que por la salud y provecho de todos sabe hacer y sufrir todo, nace ardiente y activa del Sacramento eucarístico, en el cual se halla vivo Cristo mismo; en el cual se abandona principalmente á su amor hacía nosotros; en el cual por último, movido de un impetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio. Así se descubre con facilidad dónde tuvieron origen los árdulos trabajos de los varones apostólicos, y de dónde traen, junto con su principio, su fuerza, su constancia y sus gloriosos éxitos, tantos y tan diversos institutos benéficos.

No dudamos de que estas breves enseñanzas acerca de tan vasto asunto, han de ser fecundadas en resultados para la grey cristiana, si por vuestra diligencia, Venerables Hermanos, se exponen y recomiendan oportunamente á la atención de los fieles. Pero este Sacramento es tan grande y tan rico en virtudes de todo género, que nunca podrá nadie tributarle todas las alabanzas y darle todo el culto que merece. Sea que se le medite devotamente, sea que piadosamente se le adore, sea ante todo que se le reciba con pura conciencia y santas disposiciones, ha de mirársele como centro de la vida cristiana. Todas las otras formas de piedad, cualesquiera que sean, tienen en la Eucaristía su objeto y fin; y á este misterio se refiere y en él se cumple todos los días aquella amorosísima invitación de Cristo: *Venid á mi todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare* (1).

Este misterio constituye el alma de la Iglesia y la misma plenitud de la gracia sacerdotal sube hacia él por los diversos grados del orden. En él adquiere y posee la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los tesoros de gracia divina y todos los beneficios que derrama sobre el mundo, por lo cual emplea todo su celo en llevar á los fieles á unirse íntimamente con Cristo mediante el Sacramento de su cuerpo y su Cuerpo y su Sangre, con el ornato de sagradas ceremonias que aumentan su veneración.

1. San Mateo, XI, 28.

La perpétua solicitud que muestra en este punto la Iglesia, nuestra Madre, se puso elocuentemente de relieve en una exhortación que fué publicacada en el Santo Concilio de Trento, de que se exhala una caridad y piedad admirables y que merece de todo en todo que el pueblo cristiano la reciba de Nos, íntegramente reproducida. «Con paternal afecto advierte el »Santo Sínodo, exhorta, ruega y conjura, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, á cuantos llevan el nombre de cristianos, á que se unan por fin, y establezcan la buena armonía en este signo de unidad, en este vínculo de caridad, en este símbolo de concordia. Acuérdense de la grandísima magestad y del admirabilísimo amor de Nuestro Señor Jesucristo, que dió su alma amadísima en precio de nuestra salud y nos ha dejado su Cuerpo en alimento; crean los fieles y veneren estos sagrados misterios del Cuerpo y la Sangre de Cristo con fe tan constante y firme y con tal piedad, devoción y respeto, que puedan frecuentemente recibir este pan supersustancial; y sea verdaderamente para ellos de salud perpétua de alma y corazón, y que, fortificados con este alimento, puedan al término del miserable viaje de esta vida, llegar á la patria celestial, donde este mismo pan de ángeles, que ahora comen disimulado con sagrado velo, lo coman sin velo ninguno» (1).

La historia da testimonio que la vida cristiana floreció sobremanera en los pueblos y las épocas en la recepción de la Eucaristía era más frecuente; y por parte, ha otro hecho no meros comprobado, á saber: que cuando los hombres hacen poco caso de este sacratísimo Pan y como que se hastían de él, se ha visto debilitarse de un modo palpable el vigor de la fe cristiana. Para que enteramente no se extinguiera, Inocencio III adoptó una determinación prudentísima mandando bajo severas penas que siquiera en la festividad pascual ningún cristiano se abstudiese de recibir el cuerpo del Señor. Pero es claro que este precepto fué establecido con disgusto y solo á manera de remedio extremo, porque siempre ha sido deseo de la Iglesia que en todas las Misas participasen en el Sagrado banquete. «El Santo Sínodo desearía que en cada Misa los fieles que la oyen no se limiten á hacer la comunión espiritual sino que reciban sacramentalmente la Eucaristía, y de este modo los frutos de este sacratísimo sacrificio manarían sobre ellos con mayor abundancia» (1).

Este augustísimo misterio no abunda solamente en frutos benditos para cada individuo en particular, sino en razón de ser sacrificio, para todo el género humano, por lo cual la Iglesia tiene

1. Sess. XIII, *De Euch.*, c. VIII.

costumbre de ofrecerlo asiduamente *por la salud del mundo entero*. Conviene que los cristianos piadosos unan sus esfuerzos á fi de que este sacrificio sea objeto de respeto y culto cada vez más necesario que nunca en los presentes tiempos; así es que queremos que la multitud de virtudes que en él se contienen sean mejor conocidas y más atentamente meditadas.

Son claros, aun para la razón natural, los siguientes principios: El poder de Dios, criador y conservador de los hombres, considerados pública y privadamente es supremo y absoluto; cuanto somos y cuanto tenemos de bueno, privada ó públicamente, débese á la liberalidad de Dios, en correspondencia á la cual debemos manifestarle el mayor respeto, como á Señor Nuestro, y la mayor gratitud en razón de los preciosísimos beneficios de que le somos deudores. Y sin embargo, ¿cuántos honores le rinden hoy esos homenajes con la piedad debida?

Más que ninguna otra, nuestra revuelta edad sacude el yugo de Cristo y lanza de nuevo contra Él este grito impío: *No queremos á ese por nuestro rey* (2), y declara este nefando deseo: *Exterminémosle* (3). Y hay muchos que no buscan con todo empeño sino desterrar á Dios de toda nación y hasta de la misma sociedad humana. Aun cuando no en todas partes se llega á este extremo de criminal locura, esto no obstante, aflige grandemente ver el crecido número de hombres que viven olvidados de la Divina Majestad, de sus beneficios, y sobre todo, de la salud que nos adquirió Cristo, Señor Nuestro. Es necesario que se reparen ahora esta perversidad ó descuido gravísimo, por medio de un aumento en la piedad general hacia el sacrificio eucarístico. Con nada puede honrarse tanto á Dios, ni nada puede serle más agradable, porque es divina la víctima que se inmola. Por ella atribuimos á la Augustísima Trinidad un honor igual al que exige su dignidad infinita, y además ofrecemos al Padre un presente de precio y suavidad infinitos, de donde se sigue que no solamente agradecemos su benignidad, sino que verdaderamente solventamos nuestra deuda con Él.

Pero aun se nos ha dado y sacamos de este sacrificio otro doble y preciosísimo fruto. No puede pensarse sin aflicción en el diluvio de torpezas que á todas partes alcanza por haber sido desconocido y menospreciado, según ya hemos dicho, el divino poder. Realmente, el género humano parece que en gran parte provoca la cólera divina y el número de pecados que se han acumu-

1 Conc. Trid., Sess. XXII y VI.

2 San Lucas, XIX, 14.

3 Jeremias, XI, 19.

lado están clamando la justa reprobación de Dios. Urge, pues estimular el piadoso fervor de los fieles invitándolos á que calmen la ira de nuestro justo Juez, Dios nuestro Señor, y alcancen su auxilio para este siglo, agobiado por tantos males; pero tengan en cuenta que estos favores han de pedirse principalmente en virtud del sacrificio eucarístico. Y en efecto, únicamente merced á la eficacia de la muerte que padeció, es como pueden satisfacer enteramente los hombres los derechos de la divina justicia, y alcanzar en abundancia los beneficios de la divina clemencia. Mas esta misma virtud, virtud de expiación y de súplica, quiso Nuestro Señor que toda entera permaneciese en la Eucaristía, la cual no es una mera y vana conmemoración de su muerte, sino una verdadera y maravillosa renovación de ella, si bien incruenta y mística.

Por lo demás, plácenos declarar que en estos últimos años las almas de los fieles han comenzado á renovarse con el respeto y el amor al Sacramento de la Eucaristía, renovación que Nos mueve á esperar que veremos nacer en tiempos mejores una situación más floreciente. Como ya lo hemos dicho al principio de estas Letras, una piedad activa ha creado numerosos Institutos, singularmente Asociaciones, que tienen por objeto procurar el esplendor de los ritos eucarísticos, adorar asiduamente, de día y de noche, al augusto Sacramento del altar y reparar los ultrajes y sacrilegios de que es víctima.

Pero ni á Nos, ni á vosotros, Venerables Hermanos, nos está permitido darnos por satisfechos con lo alcanzado hasta aquí, porque todavía hay muchos progresos que realizar y muchas instituciones que establecer, para que éste dón, más que ninguno divino, se vea rodeado del mayor esplendor y honra por los mismos que cumplen los deberes de la Religión cristiana, á fin de que tan alto misterio reciba todo el honor de que es digno. Por lo cual deben desarrollarse más y más las obras eucarísticas que ya existen y renovarse aquellas otras que hayan perecido, como las cofradías del Santísimo Sacramento, el jubileo de las Cuarenta horas, las solemnes procesiones con el Santísimo, las piadosas genuflexiones delante de los Sagrarios, y demás prácticas de la misma índole, santas y saludables, añadiéndose cuanto importa emprender aquellas otras que sugiera en este particular una discreta devoción.

Pero sobre todo, es necesario que se renueve en todas las naciones católicas la frecuencia de la Sagrada Comunión como nos enseñan los ejemplos de los primeros tiempos de la Iglesia, que acabamos de recordar, los decretos de los Concilios, la autoridad de los Santos Padres y los hombres más eminentes en santidad de todas las épocas. A la manera que el cuerpo, también el alma

necesita alimentarse con frecuencia, y la Sagrada Eucaristía la proporciona el alimento más fortificante de todos.

Es necesario acabar con la errada opinión de los que son hostiles á esta doctrina, con los vanos temores de no pocas personas, con los motivos espúrios para abstenerse de la Comunión, Trátase, en efecto, de la devoción que es para el pueblo cristiano útil como ninguna, así para extinguir en las generaciones presentes el deseo desordenado de los bienes terrenales, como para reanimar y mantener de un modo permanente los afectos cristianos. Gran peso tendrán en esta materia los ejemplos y las exhortaciones de los hombres que pertenecen á las clases elevadas, pero principalmente el celo ilustrado del clero. Los Sacerdotes, á quien Cristo confió la misión de consagrar y distribuir su Cuerpo y su Sangre, nada podrán hacer más acomodado á su obligación de agradecer tan insigne honor, que promover por todos los medios á su alcance la gloria eucarística de Cristo, y conforme á los deseos de su Sagrado Corazón, convidar y atraer á las almas á refrigerarse en el manantial saludable de tan gran sacramento y tan gran sacrificio.

Sean, como vivamente deseamos, más abundantes cada día los frutos excelentes del augusto Sacramento Eucarístico; puedan la Fe, la Esperanza y la Caridad, y, en una palabra, todas las virtudes cristianas, aumentar continuamente y asegurar la curación y el progreso de la sociedad, y brillen con mayor luz los designios de la previsora caridad de Dios, que instituyó para *la vida del mundo* la perpetuidad de tal misterio.

En esta esperanza y como prenda de los favores divinos y testimonio de nuestra caridad, os concedemos, Venerables Hermanos, á cada uno de vosotros y al clero y fieles puestos bajo vuestra vigilancia, la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día XXVIII de Mayo, víspera de la festividad del Santísimo Sacramento, en el año MCMII, decimoquinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.

---

## TOMA DE POSESIÓN

El día 12 de los corrientes tomó posesión de una Canongía vacante en esta S. A. I. Catedral, por fallecimiento del M. I. señor Lic. D. Pantaleón Escudero el M. I. Sr. Dr. D. Antonio Berjón y Vázquez, para la que fué nombrado por S. M. mediante oposición.